

OCHO ARQUETIPOS HEROICOS DE LA TRADICIÓN EPÓNIMA

Carlos Díaz

En la tradición clásica se necesitaban mitos, arquetipos, héroes, puntos de referencia, a los cuales — procedentes imaginariamente de los relatos de rapsodas, aedos, y cantores — se refería el pueblo como si de personajes auténticos se tratase, y en cierta medida lo eran porque condensaban los perfiles reales; los rasgos definidores, las caricaturas psicológicas concretas de las gentes de la calle: ¿quién no tiene — diríamos los españoles al respecto — un poco de Sancho Panza? Las personas pasan, pero don Quijote y Sancho quedan.

Pues bien, considerándolo un procedimiento fértil para definir nuestra propia actualidad, vamos por nuestra parte a elegir ocho arquetipos heroicos de la tradición epónima europea clásica para definirnos mejor a nosotros mismos en nuestra actualidad neoeuropea. Será una prueba más de que dichos arquetipos conservan el valor de lo perenne, más allá de su carácter mítico. Lo haremos como lo hacían los aedos últimos respecto de los penúltimos, a saber, añadiendo algo de la propia cosecha, reavivando o actualizando así hermeneúticamente el pasado, cuya lectura siempre queda abierta, de ahí su permanente actualidad.

Sin respetar literalmente, pues, el pasado, pero desde él, hemos hecho por nuestra cuenta y riesgo de Venus y de Prometeo los abuelos, y dado por descendientes suyos a los padres Europa y Epicuro, padres a su vez de Hércules, Narciso, Faetón y Epimeteo.

Así que, sin más preámbulos, vayamos directamente ya a la pasarela donde en estos momentos está teniendo lugar el desfile de modelos: luces, cámara, acción.

I. Afrodita, la abuela

(En el trono olímpico) — Permitid, prole de mi muy variada concupiscencia, que os sirva de memoria de vuestros orígenes, ya que al fin y al cabo todas descendéis de mí. Hubo un tiempo ya lejano en que, con ocasión de las bodas de Tetis y Peleo, todos los dioses fueron invitados al banquete, a excepción de la diosa de la Discordia. En venganza, ésta arrojó una manzana sobre la mesa con la siguiente inscripción: «para la más hermosa». Al punto Atenea y Hera y yo misma, Afrodita, pretendimos convertirnos en las destinatarias. Para decidir la querrela acudimos entonces ante Zeus, pero éste, previendo que su decisión motivaría un enfrentamiento con las no elegidas, y no queriendo líos con faldas, delegó en París, el más hermoso de los mortales que pastoreaba los rebaños en la ladera del monte Ida. Ante él hicimos valer cada una de las litigantes nuestros más seductores argumentos: Atenea le haría invicto caudillo bélico, Hera señor del Cosmos, y yo, Afrodita, le convertiría en el más envidiado esposo de la más joven y bella de todo el orbe. Y claro, ¿quién se resiste a los encantos de una real hembra? Yo resulté elegida, contibuyendo acto seguido a desencadenar con mi ambición la guerra de Troya, no sin prodigarme luego en infidelidades múltiples con todos los que se ponían al alcance de mi voluble deseo. Ya veis que no soy lo que precisamente se entiende por una mujer «buena».

¿Os quejais por lo airado de mi vida? Pero ¿cómo podría haber sido de otro modo, es que no comprendéis que soy hija de la manzana de la discordia? Y ¿no se nos ha asignado desde los tiempos del caos primigenio a las mujeres el eterno papel de aliadas de la manzana, cual Pandora maligna? Si el *malum* es el árbol manzano, y lo *malum* es el mal, yo soy ambas cosas en una: soy la manzana mala, represento la voluntad irrestricta, la rienda suelta del deseo, y no reconozco a nadie que pueda prohibirme nada. Y, cuando os pregunten por qué habéis comido del manzano prohibido, vosotras, mis hijas y descendientes femeninas, haced como la serpiente: no deis la cara, mutad, cambiad de pareja, buscad otro macho para echarle la culpa de vuestra transgresión, dejad que él se las entienda con el prohibidor. Así pues, ya sabéis la técnica para transgredir sin pagar los platos rotos: comed del árbol y cambiad de pareja, que quien come del árbol prohibido debe cambiar continuamente de pareja.

De este modo siempre tendréis pobres hombres con vosotras, siempre habrá a vuestro lado algún



varón merodeando que para complaceros álce su mano e intente alcanzar para vosotras la fruta que voluptuosamente le pidáis. Los varones hacen todo por una hembra, hijas mías. Retened siempre esto en la memoria: nuestro poder está en su debilidad, si les halagamos nos obedecerán, nuestro es el arte de la sex-ducción. Siempre tendréis machos con vosotras dispuestos a demostraros que ellos son lo bastante ágiles y fuertes como para trepar hasta el árbol. Nosotras, feministas de ayer y hoy, debemos aprovechar nuestra astucia y humillar su pretendida superioridad machista. Hasta ahora nadie se ha dado cuenta de que si la función del macho es alzar la mano para tomar la fruta, la de la hembra es comérsela.

Si conservais permanentemente esto en vuestra memoria, no lo dudéis: viviréis regaladas y dominadoras. Pues quien como esa fruta permanece faústicamente joven, goza de todos los placeres, se codea con los olímpicos, y gobierna. El mal es rentable.

II. Prometeo, el abuelo

(Desencadenándose de una máquina). — No hagais caso a vuestra artera progenitora fémina, oh humana nación surgida de mis desvelos. No es la hembra, sino el varón, aquel por el que entró la creatividad y la libertad emancipadora en el mundo. Yo soy por excelencia el benefactor de la humanidad, y toda mi vida ha constituido un servicio al bienestar futuro de la humanidad. A vosotros, humanidad, os insté para que despertáseis de vuestro largo sueño dogmático, aquel que padecíais cuando aún os encontrábais en el estadio infantil en que creíais en lo divino; más tarde os enseñé a quedaros con la mejor parte de las víctimas que se sacrificaban en los altares a los dioses; y, por fin, para que nada os faltara y estuviéseis a la altura de esas deidades, ascendí al Olimpo a fin de robar el fuego sólo allí encendido y entregároslo a vosotros, mortales, para vuestra deificación, esperando de este modo igualaros en atributos y atribuciones olímpicas. Yo enseñé luego a mi hijo Deucalión a construir una enorme arca con la que salvar al género humano del diluvio enviado por Zeus como castigo, castigo del que yo mismo no pude librarme al fin. También fui por último el que soportó con dignidad y altivez el suplicio del encadenamiento en el monte Caúcaso, donde todas las mañanas un águila me roía el hígado, esa fuerza desencadenadora que volvía a crecerme de noche, hasta que por fin Hércules mató con sus flechas a dicha águila y me liberó inmortalizándome (buscando denigrar mi augusta memoria os han dicho que a cambio de esto delaté a Tetis alertando a Zeus para que no la desposara porque, de hacerlo, ésta engendraría hijos más poderosos que él, y que recibí la inmortalidad por renuncia del centauro Quirón: nunca lo creáis).

Bajo mi memoria y advocación luchó siempre —desde Espartaco— el Héroe Rojo, símbolo de la futura abolición de todas las cadenas, el Gran Proletario, el Padre del común, el venidero hacedor del cielo en la tierra, que —como yo— hubo de soportar toda serie de vejaciones y que —como yo— nunca delató a un solo camarada ni siquiera cuando estuvo encadenado.

Dos hijos dignos tuve. El mayor se llamaba Karl Marx, mi albacea testamentario, y la marca genética de la casa relucía en él; yo me sentía tan orgulloso de él como él de mí, cuyo credo rezaba: «Prefiero como mi padre Prometeo permanecer encadenado a la roca, antes que dar culto a quien no sea la humanidad atea liderada por la clase obrera. En mi calendario ocupa Prometeo el lugar primero de los mártires, y él será el que inaugure el nuevo cielo en la tierra, rodeado de la grey de puercos del placer». Aquel hijo mío tan admirable como de digna memoración murió en 1989, pero desde entonces ha despuntado mi otro hijo, Augusto Comte, que lleva adelante mi convicción de forma heterodoxa pero contundente, bajo el lema «orden y progreso». No es la revolución sino la ciencia, la máquina, la robótica, la computación, la informática, la cibernética, y la bélica quienes harán el orden y el progreso y liberarán la humanidad ilustrada. Bajo su signo venceréis: tomaréis al asalto el Olimpo, lo que ni siquiera yo mismo pude lograr, y habitaréis luego el Jardín del Edén; construiréis torres como las de Babel hasta el cielo, del que os apoderaréis, y como cerdos del rebaño del gozo descansaréis en la tierra convertida en divino Olimpo. Nada de astucia femenina. Fuerza, poder, virilidad: la historia de la lucha es nuestra partera. De sus manos dominaréis en mi nombre: sed dignos de mí.

III. Epicuro, el padre

(En su jardín) — ¡Buenos días, Bautista! Bonita mañana. Parece que hace varias horas que ha salido el sol, por lo menos es medio día ya, me he descuidado un pelín, la verdad es que se está bien en la cama de plumas de Oriente. He soñado con la generación heroica de mi pobre padre Prometeo, y estoy agotado con sólo rememorar aquellos tiempos heroicos. Veamos la agenda. Uff, el día viene cargadito. Comida de negocios en la mansión de los Boyeros, a ver si logro sacarles la fórmula de amasar el oro, la verdad es que están dejando chiquito a Midas, aquel que todo lo que tocaba lo convertía en el noble



metal; por la tarde *footing* con las Koplovinas, la verdad es que conviene codearse y sudar el chandal con quienes tienen más pasta que Craso, todo sea por el patrimonio, la familia, y la alta sociedad; y por la noche fiesta en mi jardín para celebrar la graduación y puesta de largo de nuestra Pitita.

A propósito, Bautista, dile a Lucrecia la jardinera que estos rosales no están bien podados, ordénale al jardinero serbio que se esmere en cortar el césped, y recuérdale al negro Tom que adecente bien las cuadradas y que asee convenientemente a nuestros perros, para que todos puedan apreciar esta noche su pedigree. Te hago responsable de que todo esté resplandeciente. Sobre todo no te olvides de la seguridad, hay que mantener bien vallado todo el perímetro de nuestro hermoso jardín para que nadie se cuele. Recuerda por tu vida a Prosegur, Transegur, y Supersegur que sus vigilantes no se duerman, que funcionen los servicios de seguridad a tope.

¡Cuánto trabajo! Tiene uno que estar en todo, no te dejan vivir como el buen clásico epicúreo tumbado en su triclinio, tomándose en paz un whisky mientras huele con calma el aroma de sus geranios. Escasea el tiempo para la lectura culta, apenas me ha quedado últimamente un minuto para entrar en la biblioteca. Menos mal que todavía mantenemos la charla placentera con los amigos en este rincón, que tanto envidian todos los pitufos que se perfumarían en mi bañera: todos critican la ostentación de mi mansión y se rasgan las vestiduras cuando abro sus hermosas estancias a la prensa del corazón, pero todos darían su mano derecha por poseer algo similar a este mi bendito jardín donde me refugio para proteger mi excelencia contra las envidias del vulgo, la rapiña de la chusma, y el mundo exterior.

Sí. Aquí he sabido hacer florecer mi Edén privado, en este mi jardín privado de Epicuro he logrado hacer innecesario el jardín del Edén. ¿Y si llegan hasta mis flores las radiaciones de las centrales nucleares, la polución ambiental, la sequía última? Todo está previsto: ya está preparado el refugio subterráneo antiatómico de cinco estrellas que reproduce artificialmente todo lo que hay en la realidad: cascadas, praderas, alimentos para un mínimo de diez años, etc; y, si pese a ello no logramos sobrevivir, al menos aguantaremos más que los demás y saldremos a morir a la superficie pisando sus cadáveres.

¿Pesimismo? No, de eso nada. Realismo y nada más que realismo. Somos cultos, amigos de la buena comida y del agasajo a los amigos, nos defendemos del mundo exterior. No hay quien transforme al mundo exterior, ahí tienes a los estoicos ya fracasados tras haber intentado regenerar la sociedad: todos sus héroes han muerto. Ya sólo nos queda la comida, la salud, el jardín vallado. No hay que hacerse ilusiones sobre el Jardín del Edén, sólo este Jardín de Epicuro nos queda. Aprovechémoslo.

IV. Europa, la madre

(En otra estancia del jardín de su marido Epicuro) — Ay, estoy molida, no doy abasto preparando el *party* de esta noche. La servidumbre cada vez trabaja peor, a pesar de que para prohibirles entrar en este jardín acabamos de dictar unas leyes de extranjería muy selectivas y exigentes, pero nada, habrá que vigilarlos más. Desde luego es agotador.

Y, mientras te proteges de los esclavos, los otros te asaltan y regalan la vista con requerimientos permanentes, con envíos de catálogos y de propaganda sobre sus coches, sus productos baratos, sus diseños de futuro, para que te entregues a ellos definitivamente. Hay que ver cómo las gastan esos japoneses bajitos y esos *yankees* comechicles, una no sabe ya qué es peor, si los emigrantes espaldasmojadas o los nuevos ricos inmigrantes. Luego se burlan llamándome *Fortaleza Europa*, pero si una no estuviera lista para defender las riquezas y legados patrimoniales de nuestra mítica historia ¿qué iba a ser de nuestros hijos, los pobrecitos?

No hay vergüenza, como yo le digo a mi Epicuro: ahora vienen por aquí los moracos con todo el morro, ponen sus sucias patas encima de nuestro solar patrio, y se lían con nuestras helénicas y walkíricas blondas, rubias, y logocéntricas, no sé a dónde vamos a parar a este paso. La raza europea y nórdica degenera, si seguimos así vamos a terminar en el asqueroso mestizaje, como si no existieran ya el Olimpo ni las clases sociales. ¡Ay, si mis padres levantaran la cabeza!

Porque lo que yo me digo, de mis cuatro hijos tres de ellos —Narciso, Faetón y Epimeteo— se me han debilitado, han perdido *repris*, parecen alelados, y sólo Hércules conserva la voluntad belicosa de su abuelo Prometeo. No sé si les estaré educando bien, me da la impresión de que esto de vallar la finca no va a servir de mucho, como no sea para que nuestros propios hijos se duerman en los laureles olímpicos de sus ancestros. Ahí los tienes, ya no son políticos ni metafísicos, han abandonado las seculares artes tradicionales de mi solar patrio; en lugar de la política sólo han desarrollado la estética, que es una politiquilla para uno sólo, bastante de vía estrecha, y en lugar de la metafísica se han detenido en la simple física, la física de los cuerpos sólidos que va del vomitorio al venéreo, y así no salen del estrecho espacio que transcurre de la naturaleza al artificio.



En fin que ya lo ven ustedes, a falta de varones reflexivamente bien dotados como fuera debido aquí la única que filosofa soy yo, una mujer, lo cual no deja de ser una aberración muy sintomática de los tiempos que corren.

No sé, a veces me dan ganas de hacer la guerra, de abolir el cinturón de protección y de atacar para revitalizar nuestra sangre otrora tan urgida por el Rh de Marte y de Wotan; acaso Hegel, uno de nuestros más maduros pensadores, no careciese de razón cuando sabiamente recordaba que sin nuestra vieja *Polemós* todo se estanca y pudre. Menos mal que ahora mis mejores nietos se rapan la cabeza y se llaman *skinheads*, creo que apuntan buenas maneras, quizás a ellos les esté reservado portar el pendón de la gloria de sus antepasados. No sé, no sé, a este paso más que la firme Europa voy a parecer el dubitativo Hamlet... En fin, vamos a tomar el té con los amigos. Epicuro, Epicuro ¿estás ahí?

V. Hércules, el primogénito

(Sudando mientras parte un tronco de árbol) — ¡Caramba, ya estoy viejo! He llegado a la edad en que los humanos se jubilan, pero yo aquí todavía al pie del cañón por culpa de mis hermanos, que no dan golpe. Aquí todo me lo tengo que maravillár yo solito; o me lo curro yo, o no tengo nada que hacer; además los tiempos no están ya para mucha servidumbre, pues esos dominicanos se han organizado sindicalmente y te piden un ojo de la cara por cualquier chorrada. Encima las leyes los protegen. Y, claro, en comunidad no muestres tu habilidad, a mí todo el que me pillá por banda me pide algo.

En mi curriculum (o ridiculum, según se mire) mis trabajos pueden agruparse en tres clases. Los *azloi* o doce trabajos de Atlante los realicé por orden del listillo de Euristeo: el león de Nemea, la hidra de Lerna, la cierva de Cerinia, las aves del lago Estínfalo, los establos de Augías, el toro de Creta, la yegua de Diomedes, el cinturón de Hipólita, los bueyes de Geríomes, el can Cerbero, y las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, todo eso se lo chupó mi menda. Me detendré en este último trabajo, porque en la familia siempre hubo un mal rollo con las manzanas, no sé por qué coño. Bueno, pues una vez llegado al jardín, por consejo de Prometeo, en vez de coger las manzanas yo mismo ofrecí a Atlante sostener un momento la bóveda del cielo mientras buscaba una almohada para los hombros a cambio de los codiciados frutos, a lo que Atlante accedió, momento en que yo tomé las manzanas y me largué —qué putada— dejando a Atlante sosteniendo el peso cósmico, con lo que pude presentar a Euristeo las manzanas para su devolución a Hera, que las colocó de nuevo en el jardín. (No creais la otra versión, según la cual maté a la serpiente y conseguí las manzanas sin ayuda de Atlante, situando al monstruo en el cielo y formando con él la constelación de la Serpiente).

¿Y qué deciros de mis *praxeis* o empresas ejecutadas por cuenta propia? Ni corto ni perezoso me afané en la primera Guerra de Troya, en la Gigantomaquia, en la Expedición contra Pilos, en la Guerra contra Esparta, y en las Guerras de Tesalia, y al final acabé de soldado raso. No sé qué hay que hacer para triunfar, soy un helénico mala pata, cagondiez.

Por fin, en las *parerga* o aventuras que me ocurrieron durante los doce años que me curré por cuenta ajena sólo te recordaré la lucha contra los Centauros, la expedición de los Argonautas, la muerte de Euritión, la liberación del alma de Alcestris, la muerte de Caco, la muerte de Érice, la muerte de Alcioneo, la muerte de Cicno, la muerte de Licaón, la liberación de Prometeo, la muerte de Ematión, la muerte de Busiris, la muerte de Anteo, y todo eso por no hablarte de otras campañas. Mucha sangre, mucha locura. Siendo sincero, me encuentro sucio, sin derecho a reivindicar nada.

Pues después de tanto ajetreo y de tanta laboriosidad espartana ¿qué? La verdad, ni siquiera creo ya en la muerte, ni en la tragedia griega tantas veces representada por los míos. Me encuentro vacío, demadejado, al fin de la historia; y no en el sentido de Fukuyama precisamente. Hoy vivo la experiencia del nihilismo por haber dado un giro de más a la tuerca. Me he pasado de rosca. Me produce vergüenza decirlo, pero hubiera preferido el pellejo de mis hermanos medio maríquitas Narciso, Faetón y Epimeteo. Si la tradición belicosa griega no es buena ¿lo será la tradición efébrica de mis hermanos menores?

VI. Narciso, el segundogénito

(Ante el espejo, haciendo poses) — ¡Ay qué cansado vengo! No hay en el mundo un oficio tan penoso como el de labrarse un gran aspecto. La vida se acaba cuando apenas se ha esbozado esa obra. He deseado desde niño ser el no va más de la apariencia física, y desde entonces no he parado. Todo el día en *El Corte Inglés* buscando la ropa de moda esta temporada, cuánta gente. Por Zeus; qué agobio. Eso sí, tienes de todo. Una ropa que permite estar a la altura de cualquier circunstancia, sin caer en el trapo de quita y pon, sino con buen gusto. Había unos vaqueros con apariencia de usados que podías ponértelos directamente. Oye, los *Levi's* son un cielo, me encantan. Su lema es el de masculinizar,



porque lo masculino comporta la capacidad de seducir, ser guapo y atractivo, controlar las acciones, ser ganador y conquistador.

Han traído camisas a juego con el césped, te lo puedes poner sobre todo en el pasillo verde, incluso a tono con la correa de tu perro. Ahora que la ecología está tan de moda han suprimido los tintes gracias a una química que ha conseguido que el algodón florezca en la mata directamente del color que se quiera, no me digas que no es guay. Todas las marcas las tienes en la sección de novedades, riete de los que critican el *marquismo*, de esos listos que van diciendo por ahí que las etiquetas son el nuevo alfabeto de la cultura de la apariencia. La verdad es que hay unas cosas mo-ní-si-mas, y la paliza de subir y bajar por las escaleras mecánicas bien vale la pena.

Sí, lucirse en los salones de esta bendita Madrid capital cultural de Europa bien merece mis desvelos. Claro que te compensa que te encuentren guapísimo cuando te ven, que comenten con envidia por lo bajini que estás guay. Pero tienes que tener mucho cuidado con la cosmética del cabello, debes estar muy atento a su moldeado, porque la longitud del cabello es inversamente proporcional a las oportunidades de triunfar en la vida, jate tú.

Y luego no te dejes atrás el gimnasio, el polideportivo, la sauna, el tenis. Hasta que te acostumbras a las mil abdominales diarias lo llevas crudo. Lo que tiene uno que sudar para poder lucir el palmito. Entre eso y la dieta (¡uy, qué hambre hay que pasar!) se te va el día, pero todo sea por la lucha contra las calorías, las grasas, y los michelines; lo importante es la belleza, gustarte a sí mismo, estar OK.

En esta bendita ciudad moderna y hasta posmoderna también hay que hablar muy bien el inglés, que es el idioma del imperio. Yo en cuanto puedo me hago mi puente aéreo Atenas-New York, y además así aprovecho para comprar allí dos por uno, pues la verdad es que todo está allí tirado de precio, y yo paso de que me critiquen los resentidos y envidiosos llamándome *givmitú* o *tabarato*. Son esos fracasados del comunismo, los ex-amigos del Héroe Rojo, los que no soportan la belleza a su alrededor, esos son los muertos de hambre que más se meten contigo. Yo paso de ellos, que se vayan a Rusia. Yo a lo mío: *I, Me and Myself*. No necesito otro Eco. Yo seré mi propio Eco.

En fin, tengo cita con el psico-ana-ísta. Tengo que quererme mucho a mí mismo, introspeccionarme, investigarme, leerme, soy mi mejor y mi único texto. Realmente valgo mucho, la gente no me merece, no creas. Un poco de colonia, no vaya a ser que me abandone a media tarde. Adiós, espejito guapo, muuá. (Narciso se retira lanzando un beso al espejo).

VII. Faetón, el penúltimo hijo

(En la tienda de coches) — Sol de padre, un día me prometiste que si aprobaba el acceso a la Universidad satisfarías cualquier deseo que yo te pidiera. Me lo juraste incluso por la laguna Estigia, el sagrado juramento de nuestros dioses. Pues bien, permíteme conducir durante un día tu carro solar. No importa que carezca de carné, pues pese a mi condición de auriga inexperiencedo tú sabes que soy prudente.

— Perdona hijo, tal cosa no es posible todavía. Te dejaré mi carro más adelante, pero circular por la autopista del firmamento puede ser fatal ahora para tí, ya que podrías salirte de la ruta astral dando vuelcos des-orbitados; los mismos signos del zodiaco (animales sueltos en la ruta del Sol: el Toro, el León, el Camero, el Escorpión, etc) pueden asustarte; perderías el control de los caballos en la difícil cuesta arriba del Oriente, ese tramo que va por el Cénit o carretera de montaña cortada a pico sobre el abismo; además, en la cuesta abajo del Occidente acaso se rompieran las riendas de tus frenos despeñándote. Comprendo que te deslumbre el brillo del carro, que te extasies ante los prodigios de la técnica, el eje, el varal y las llantas aureas, los radios argentados, el yugo con incrustaciones de piedras preciosas...

— No, padre, tú desconfías de la juventud y no tienes palabra. Yo he trabajado duro durante todo el megacurso esperando este momento. Todos mis amigos recibirán lo prometido, y el coche les aguarda. Yo no puedo depender de ellos, estar de prestado, no soporto que me miren como a un pobre siendo tu hijo, y tampoco podré ir andando de un pueblo a otro en estas fiestas veraniegas. Los tiempos han cambiado. Demuéstrame que no eres un egoísta. Acabas de comprarte un macroordenador cosmotelúrico, y no es justo que el común patrimonio familiar lo dilapides pródigamente no ofreciéndome a mí ni siquiera aquello que me hace ser yo mismo: un hermoso coche para un bello auriga. Te ruego, pues, padre, me permitas al menos un día conducir el carro solar.

Conmovióse el padre, y dio las órdenes pertinentes. La Aurora abrió las puertas del garaje del Cielo, y las Horas uncieron los caballos al carro, unos caballos tan excelentes y fidedignos como que se alimentaban del rocío de los prados celestiales, la ambrosía. El gran día se inauguraba para Faetón: todo el bachillerato a cambio de la condición de rey del orbe por un día, dueño absoluto de la veloci-



dad, de la sensación de vivir, de las fantasías de omnipotencia juveniles...

Mas, apenas puso las manos encima de las riendas y arreó a los caballos, éstos no tardaron en comprobar la impericia del auriga, y se desbocaron asustados por los signos del zodiaco. Primero, el carro se acercó demasiado al Cielo y abrasó una parte de él, formando la Vía Láctea; luego, pasó rozando la Tierra y desecó por completo la zona ecuatorial, hasta dejar a todos los habitantes con la piel tostada. Para remediar estos desastres ecológicos y antropológicos, Zeus fulminó a Faetón con su rayo, haciendo que cayera al río Eridano. Allí lo recogieron sus hermanas las Heliades y derramaron por él muchas lágrimas convertidas en gotas de ámbar.

— Te lo advertí, hijo. Te dije que mirases la tragedia de tu amigo Ícaro, que por elevarse tanto en el vuelo y a tal velocidad derriñó sus alas y cayó pereciendo. Ahora has derretido para siempre tus huesos parapléjicos en una clínica de Toledo. ¿Por qué la experiencia se cobra siempre tamaño precio?

VIII. Epitémeo, el benjamín

(Vestido con un saco cortito, y dialogando con las amapolas) — Jolín, que harto está uno de tanta guerra y de tanta coña marinera a la que mis amigos llaman *thalatocracia*. Mucho comerse el mundo estos panelenistas imperialistas, y ahora hala, todo escofiao. No hay más que mirar alrededor de uno para darse cuenta de la devastación. La naturaleza descuajaringada, las aves del cielo desplumadas, los animales de la tierra esquilados, y el Mediterráneo convertido todo él en Mar Muerto. Joder con el progreso. Y encima dicen que esto es el Nuevo Orden Mundial, cuando basta con ir a las canteras para comprobar que la gente no tiene ni para comprarse las herramientas con que labrar su propia esclavitud, y que los privilegiados que trabajan según la ley de bronce lo hacen por el simple supervivir.

Sí, es verdad, gasté todo mi patrimonio como Brigitte Bardot dotando a los animales de un acomodo digno, readecuando su hábitat, tratando al menos de preservar el nicho ecológico de algunas especies, pero me llamaron supertonto por hacer eso. Mientras tanto, los listos lo gastaron todo en escuelas (especialmente por influencia de ese ilustrado perverso llamado Sócrates) y en armas; el resultado a la vista está.

Henos ahora a toda la familia corriendo como polluelos a refugiarnos en el Jardín de Epicuro y de mamá Europa, que más tiene de granja Orwell y de cárcel blindada que de digno proyecto de futuro. Lo malo es que tampoco tengo redaños para saltar la valla y largarme como debiera a compartir el Sur con los demás mortales. Mucha foto con la ballena herida y rescatada en mi habitación, como el antiguo trofeo del cazador, pero yo soy más que un burgués con mala conciencia, y así me va también a mí.

Y como al perro flaco todo se le vuelven pulgas, al final fue a caerme encima también el regalito envenenado de Pandora. Esta fémica impertinente, curiosa como todas, a pesar de mi prohibición abrió la vasija que contenía todos los males y que se esparcieron por toda la tierra, quedando dentro sólo la esperanza ¡precisamente lo único que debiera haber salido!. Pero ya se sabe, todas las mujeres son iguales: les prohibes un sólo árbol, y zas, a él que se van, como los malos conductores; les ruegas que no fisguen en una sola habitación mientras tienen todo el castillo restante libre para su solaz y disfrute, y hala, allá que van de patas: bien lo supo Barbarroja.

En fin, si de lo que se trata es de aprender de nuestra historia, yo, como hijo menor y aparentemente más tonto de este colectivo llamado Europa, llego a la conclusión de que se han acabado las eras de vacas gordas, y de que hay que reelaborar la nueva botánica y una nueva ecología para que florezca algún día una nueva antropología. Hemos de mantener la esperanza en que el hombre pueda seguir siendo el centro, aunque no sepamos muy bien cómo habremos de volver a empezar. Tras circuncidar el mundo y dar la vuelta entera al contador del tiempo histórico quizá nos encontremos con la misma sorpresa que los astronautas de *El planeta de los simios*: nuestro volver a empezar no será tan fácil, pues no se vuelve inocente al Jardín.

¿Por qué tendremos que pagar las últimas generaciones el pato de las predecesoras tan sabias, tan cultas, tan ricas, y sin embargo tan ignorantes de su propio pecado? ¡Cuán gran misterio es el ser humano! ¿Habrá en él pese a todo más cosas dignas de admiración que de desprecio?

Carlos Díaz

Presidente del Instituto E. Mounier